

Miss Tacuarembó

Raúl Acín

«La filosofía barata de las películas baratas ayuda a la gente. Porque la gente no vive vidas grandes y profundas. La gente, por desgracia, o por suerte, vivimos vidas baratas», decía uno de los personajes de *La máquina de bailar* (Óscar Aibar, 2006). Algo parecido le sucede a la protagonista de *Miss Tacuarembó* (2010), el prometedor debut en la ficción cinematográfica de Martín Sastre (Montevideo, 1976), formado en la video-creación: Natalia (Natalia Oreiro) es una joven que recuerda cómo creció junto a su amigo Carlos (Diego Reinhold) bajo la influencia de *Flashdance* (Adrian Lyne, 1983) y la telenovela *Cristal* (1985), deseando abandonar algún día la pequeña ciudad de Tacuarembó para convertirse en una estrella. Sin embargo, ahora ambos malgastan su talento en Cristo Park, el único parque temático religioso aprobado por el Vaticano. Un día, Natalia decide presentarse al casting de un nuevo *reality show*, *Todo por un sueño...*

Al igual que el film de Óscar Aibar y Jimina Sabadú, *Miss Tacuarembó* hace pensar en las películas de baile de los años 80, variante superación personal, al estilo de *Footlose* (Herbert Ross, 1984) o la citada *Flashdance* –de hecho, el famoso tema de Giorgio Moroder, Keith Forsey e Irene Cara «Flashdance... What a Feeling», perteneciente a la horterera cinta de Lyne, abre y cierra el relato–; pero muy pronto se impone como un brillante y descarado pastiche, moviendo explícitas citas a los llamados «culebro-nes», las canciones de Parchís, los productos de Hello Kitty, el cine de Tim Burton y John Hughes o el universo Disney. Puede que tampoco sorprenda a quien conozca la trayectoria de Martín Sastre, ya que todo ello conecta con la crueldad frívola y *pop* con

Martín Sastre: *Miss Tacuarembó*, 2010.

las que el uruguayo ha desmontado la cultura de masas de las tres últimas décadas en piezas como *The E! True Hollywood Story*, *The Iberoamerican Trilogy*, *Isabel Sarli-FMI*, *Tango con Obama* e, incluso, el vídeoclip para Fangoria de «La mano en el fuego», que ya planteaban una estética asumidamente artificiosa y *kitsch* e incluían figuras como la del Hada Madrina o Sor Kitty (aquí entrevista fugazmente entre el personal del Cristo Park). La innovación, o lo realmente llamativo, de *Miss Tacuarembó* reside en la facilidad con que su director asimila tantos referentes, en apariencia tan distintos, hasta las últimas consecuencias, consiguiendo, de ese modo, una extraña y sorprendente coherencia, un tono homogéneo.

«La cámara es un objeto que miente», escribió hace muchos años Glauber Rocha. Así, no es de extrañar que, basándose libremente en una novela del músico y artista uruguayo Dani Umpi, *Miss Tacuarembó* muestre la historia de Natalia y Carlos como un (engañoso) cuento de hadas que apela a todas esas referencias, pues los dos amigos se aferran, aun en la treintena, a la magia ensoñadora de la televisión (1), considerada por la joven como un regalo de Cristo (*sic*). Pero tras la magia siempre hay truco, como demuestra la estructura alrededor de diversos *flash-backs*, de ahí que sobre sus imágenes floten las sombras de *El mago de Oz* (*The Wizard of Oz*, Victor Fleming, 1939) y *La Cenicienta* (*Cinderella*, Clyde Geronimi, Wilfred Jackson y Luske Hamilton, 1950). Lo hacen en varios momentos: la siniestra figura de Cándida López (no por azar, interpretada por la propia Natalia Oreiro), que frente a la visión íntima y muy personal de la religión que tienen Natalia y Carlos (2), representa el fanatismo que convierte la vida en Tacuarembó en algo mediocre y gris, remite expresamente al diseño de la madrastra en el film producido por Walt Disney; incluso tiene dos hijas gemelas tan insufribles como las hermanastras de Cenicienta. Además, en un importante momento del film, Natalia conversa con su ídolo Cristal (es decir, con la actriz Jeanette Rodríguez), que se le aparece (3) caracterizada como Glinda, la Bruja Buena del Norte. La referencia a esos títulos no es ociosa, habida cuenta del efecto de la fantasía sobre la vida cotidiana y, claro está, la memoria de la protagonista, que no ha logrado cubrir el vacío entre las experiencias internas y la así llamada

«realidad». Mediante su labor de puesta en escena, Sastre multiplica el juego de espejos y remarca la influencia de las telenovelas –Natalia Oreiro es famosa por haber protagonizado algunas de gran éxito–, de igual manera que algunos de los fragmentos musicales, que ponen de relieve o celebran musicalmente los sueños y anhelos de Natalia, comparten los colores *pop* de las últimas películas de Tim Burton.

Miss Tacuarembó resulta, también, un film desequilibrado e imperfecto, lo cual realmente no importa, porque es uno de los más interesantes de la última producción hispanoamericana en virtud de esa mirada muy particular de la religión, entre respetuosa y al mismo tiempo irreverente: «Una película de amor termina siempre bien / La vida, sin embargo, no / Hay que ayudarla con un poco de fe», canta la monja interpretada por Leonor Courtoisie. De ese modo, *Miss Tacuarembó* termina erigiéndose en una alegoría sobre el choque entre la fantasía y el horror cotidiano, una especie de salmo lunático y gozosamente *freak* que nos dice que «básicamente, estamos solos, pero tenemos los sueños, aunque sean de mentira» (4) y, en realidad, oculten nuestras propias pesadillas ©

Notas

(1) La televisión de los años 80, porque como dice la joven tras salir del casting de *Todo por un sueño*: «Odio los realities. Odio todo lo que tenga que ver con los 90».

(2) En cierta manera, muy similar a la de Mary Katherine Gallagher (Molly Shannon) en la infravalorada *Superstar* (Bruce McCulloch, 1999).

(3) Para entendernos, igual que hacía Humphrey Bogart con Allan Felix (Woody Allen) en *Sueños de un seductor* (*Play It Again, Sam*, Herbert Ross, 1972) o Elvis Presley con Clarence Worley (Christian Slater) en *Amor a que-marropa* (*True Romance*, Tony Scott, 1993).

(4) Pablo Vázquez, crítica del film en la revista digital «La Paz Mundial».